



Las Mujeres de Pamplona

Elisabetta Floris

ÍNDICE

03 Prefacio

05 Viviana

07 Merys

09 Rossy

11 Alexis

13 Erika

15 Olivia

17 Yovana

19 Wendy

21 Carmen

23 Julia

25 Agradecimientos

*A las mujeres que luchan
por su libertad todos los
días*

PREFACIO

Las mujeres tienen tasas de pobreza más altas que los hombres. Las complejas razones históricas y socioeconómicas contribuyen a que las mujeres no hayan tenido la oportunidad de acceder a una buena educación, encontrar un empleo formal o poseer una propiedad.

La mayoría de las mujeres que viven en la comunidad pobre de Pamplona Alta, en las afueras de Lima, Perú, nunca han tenido la oportunidad de aprender, ganar y romper el ciclo de la pobreza. Originalmente establecida en la década de 1950, Pamplona es parte del distrito de San Juan de Miraflores, uno de los más pobres de Lima. Más de 95.000 personas viven en el barrio de Pamplona, la mayoría de las cuales han emigrado a la capital del país para buscar mejores oportunidades económicas. A pesar de los desafíos casi insuperables, continúan con la esperanza y el sueño de que las vidas de sus hijos serán mejores que las suyas.

Durante varios meses, nos sentamos con muchas mujeres de Pamplona Alta y les pedimos que nos contaran sus historias. Algunos estaban ansiosas por compartir, mientras que otra se mostraban tímidas de responder a preguntas que nunca se habían hecho antes. A menudo nuestras conversaciones sucedían mientras las mujeres preparaban la comida del almuerzo en la cocina comunitaria. La contribución de su tiempo sin sueldo para alimentar a sus familias y a sus vecinos ha permitido a esta comunidad asegurar sus necesidades básicas, particularmente durante y después de la pandemia de Covid-19. Pero muchas de las obligaciones de estas mujeres con las tareas domésticas, particularmente en la sociedad tradicional peruana, las limitan a los roles convencionales asociados con la maternidad. Y la capacidad de romper el ciclo de la pobreza sin poder generar sus propios ingresos se vuelve aún más difícil.

El alcoholismo y el abuso figuraron en casi todas nuestras entrevistas. Estos patrones de adicción y daño físico y emocional se repitieron a menudo a través de varias generaciones. Con lágrimas y determinación, estas mujeres compartieron cómo presenciar o ser objeto de tal trauma las obligó a tomar decisiones a una edad muy temprana. Y para muchos, esto a menudo significaba dejar su hogar familiar para ir a la capital del Perú. Para otros, las dificultades económicas fueron el impulso para abandonar su lugar de origen, aunque varias cuestionaron si realmente sus vidas en Pamplona Alta son mejores que si se hubieran quedado en sus pueblos de origen en las tierras altas del Perú.

Pero al final de cada entrevista siempre había un mensaje de esperanza y promesa para el futuro. Y para todas estas mujeres, estas madres, el mensaje era para sus hijos. Entienden su papel como madres, y muchas como madres solteras, para garantizar la salud y el bienestar psicológico de sus hijos. Se aseguran de que sus hijos tengan acceso a la educación, lo que conduce a un empleo de calidad. Buscan oportunidades para crear emprendimientos empresariales y generar ingresos adicionales. Y son verdaderos agentes de cambio a medida que nutren las aspiraciones de sus hijos a la movilidad ascendente y rompen las cadenas que mantienen a sus familias en la pobreza.



VIVIANA

40 años
Santa Rosa

"Tienes que ser fuerte. Si no lo eres, te deprimirás."

La depresión es una realidad para muchas personas que viven en situaciones de desventaja. Para las mujeres de Pamplona Alta, navegar por los desafíos cotidianos de la vida a menudo puede traer una sensación de desesperanza. Y fue evidente a partir de mi entrevista que la fuerza interior de Viviana desde una edad muy joven la impulsó a buscar mejores oportunidades para sí misma y, finalmente, para su familia.

"Mi madre no sabía leer ni escribir", me dijo mientras cortaba cebollas para una comida que estaba preparando en la cocina comunitaria. "No sabemos su verdadera edad, pero creo que tiene unos 80 años." Al igual que muchos niños nacidos en la región montañosa de Perú, donde la madre de Viviana no fue registrada oficialmente. Y como tantas mujeres de la región, su madre había caído en el círculo vicioso de la maternidad temprana y el abuso doméstico. "Pero ella nos crió bien," continuó resueltamente.

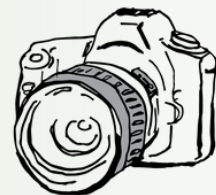
Viviana es una de diez niños. "Dejamos la Sierra porque necesitábamos trabajar." Sus hermanos mayores llegaron primero a Lima, y Viviana los siguió en el 2000 cuando comenzó a trabajar como empleada doméstica.

"Quería ser periodista", compartió. "Escuchaba programas de radio cuando era niña. Recuerdo que siempre escuchaba al de las 3 de la tarde" Era un concurso, y ella relataba felizmente cómo siempre quería participar y ganar.

Viviana siempre fue la mejor de su clase en la escuela, y me contó con orgullo su espíritu competitivo mientras participaba en competiciones de canto o baile o en deportes de equipo en su pueblo. "Una vez soñé con ser cantante." Pero los sueños de estudios de grabación o actuaciones en vivo son aparentemente inaccesibles para las niñas de la Sierra del Perú.

Fue en su pueblo donde conoció a su marido. "Nos enamoramos cuando teníamos quince años. Cuando me mudé a Lima, él me siguió."

Viviana vive en Pamplona Alta con su marido y sus dos hijos. Y aunque su comportamiento es tranquilo y sus palabras son pocas pero bien escogidas, sus ojos muestran una determinación inquebrantable cuando le pregunto acerca de sus sueños para sus hijos. "Quiero que mis hijos estudien y tengan una carrera", dice.



MERYS



31 años
Oxapampa

"Estamos unidos gracias a ella."

Merys habló amorosamente sobre su madre y cómo ella y sus cinco hermanos pudieron permanecer juntos a pesar de sus desafíos. "Mi padre murió cuando yo era joven, y mi madre hizo todo lo que pudo para darnos una buena vida", me dice. "Otros padres solteros podrían habernos confiado a una tía o primo, pero mi madre nos mantuvo juntos y nos crió a todos, incluso hasta el día de hoy."

Merys es originaria de Oxapampa, una ciudad en el centro de Perú, y se mudó a Lima cuando tenía cinco años. Su sueño era convertirse en maestra de kindergarten, pero abandonó la idea de continuar sus estudios y buscar trabajo y ayudar a su familia económicamente. "Siempre he trabajado y me he mantenido, pero nunca me gustó estudiar. Vi a mis hermanos necesitados de ayuda, así que decidí ayudarles." Y como la madre de Merys había inculcado un fuerte sentimiento de lealtad familiar, encontró trabajo y ayudó a su familia con sus pequeñas ganancias.

Ahora vive en Pamplona con su marido, su hija de tres años, su bebé de tres meses y su suegro. Antes de que naciera su bebé, decidió quedarse en casa para cuidar de su hija, mientras su pareja trabaja como jornalera para una empresa de construcción. En su tiempo libre, borda detalles en suéteres, un pequeño detalle de sol o flor, que gana 3 soles (aproximadamente \$0.80 USD).

El mayor deseo de Merys es que su familia permanezca unida y saludable. Es con ferviente determinación que me dice que continuará trabajando duro para esto.



ROSSY



31 años
Ambo

"Si nunca nos hubiera dejado, quizás hoy no tendría madre."

Rossy ha vivido en Pamplona durante los últimos quince años, pero cuando era niña, sus padres la trajeron a ella y a sus hermanos a Lima desde Ambo, una ciudad en el centro de Perú. "Mis padres tenían trabajo como custodios en una universidad", me dice. "Vivíamos en la universidad. Durante el día estábamos fuera de casa, y cuando los estudiantes se iban, regresábamos, y mis padres trabajaban limpiándolo.

"A partir de ese momento, mis padres nos enseñaron cómo ganarnos la vida", continuó. Me contó cómo solía recoger latas de refresco y botellas e intercambiarlas para el desayuno de una señora en un puesto de comida fuera de la universidad.

Rossy tiene una hermana biológica y tres hermanastros por parte de padre. Después de vivir algún tiempo en la universidad, su madre la llevó a ella y a su hermana a vivir con la hermana de su padre en otro distrito en las afueras de Lima. Un día, cuando ella y su hermana regresaron de la escuela, un vecino les dio la noticia: su madre los había dejado. "No entendía por qué se había ido. Lloramos y lloramos. Pensé que estaba enojada con nosotros... Pero cuando creces y te conviertes en madre, y vives tu vida, lo entiendes." La madre de Rossy había sufrido años de abuso físico a manos de su padre. Ella había tenido suficiente.

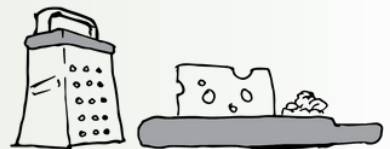
Rossy y su hermana no recibían mucha ayuda de su tía ni de su padre y a menudo eran dejadas a su suerte. "Cuando mi abuela materna y mi tía se enteraron vinieron a buscarnos y nos llevaron de vuelta a Ambo."

Regresó a la escuela por algún tiempo en Ambo, pero a los 15 volvió una vez más a Lima donde trabajó vendiendo CDs. "Me gustaba ganar dinero para mí. No quería estudiar más." Varios años más tarde conoció a su pareja, un hombre que tenía el doble de su edad y tuvo su primera hija. Y como su madre antes que ella, se encontró en una relación físicamente abusiva.

"Fui a la policía y quería presentar una denuncia de abuso. Pero el oficial me dijo que lo pensara dos veces. Como habíamos estado juntos por más de dos años, mi pareja tendría derechos sobre la mitad de nuestra casa". Y poco después se fue, como había hecho su madre. Su compañero le dijo que si no le dejaba la casa, llevaría a su hija de vuelta a la ambulancia. "Al menos así sabría dónde estaba", me dijo.

Rosy conoció a su actual marido casi seis meses después. Tienen dos hijas juntas de 7 y 5 años, sin embargo Rosy ha perdido contacto con su hija mayor. "Tal vez algún día lo entenderá", dice.

"De las mujeres de mi vida aprendí que tenemos que valorarnos como individuos. De toda la familia de mi madre, de mi abuela, aprendí el valor del trabajo."



ALEXIS



29 años
Huancayo

Durante mis entrevistas, hablé con las mujeres de Pamplona Alta mientras realizaban sus tareas de preparar comida para la cocina comunitaria. Sin embargo, con total curiosidad y naturalidad, Alexis pidió ser entrevistado y esperó su comida en la cocina de la comunidad. Impresionado por su espontaneidad, le hice las mismas preguntas que las otras mujeres.

"Nací en Huancayo", me dijo. Hace ocho años, se mudó a Lima con su padre y sus hermanos. "Dejamos Huancayo porque mi madre falleció", me dijo. En busca de mejores oportunidades para sus cuatro hijos, el padre de Alexis decidió dejar atrás las tierras altas del Perú y llegaron a Villa el Salvador, una comunidad marginada en las afueras de Lima.

Alexis vive ahora en Pamplona Alta con su esposa y sus dos hijas, así como con su hermano menor. Su suegra era propietaria de unas tierras en Pamplona Alta, por lo que él y su esposa decidieron criar a su familia aquí. Trabaja en una planta embotelladora, cargando y descargando cajas y clasificando botellas.

Sus ojos brillan cuando me habla de su madre. "Ella me enseñó a cocinar cuando tenía ocho años. Todos trabajaríamos juntos para preparar las comidas", dice. "Ella nos enseñó sobre la igualdad entre hombres y mujeres."

Alexis me dijo que quería ser jugador de fútbol cuando era joven, pero ya no juega mucho. "A veces juego con mis primos o tíos, pero no tengo muchos amigos aquí en Pamplona." Entre su trabajo y su familia, no tiene mucho tiempo libre para hacer crecer su círculo social y practicar deportes.



ERIKA



46 años

Lima

"Puede que no sea un astronauta o un matemático, pero puede tocar cualquier melodía de oído. Llegará lejos en la vida."

Como muchas de las mujeres de Pamplona Alta, la primera infancia de Erika fue marcada por el abuso. Presenció a su madre en una situación de abuso y fue víctima de violencia sexual a una edad muy temprana. "No quieres vivir mi historia", me dijo. Pero en el momento en que comenzó a hablar de su hijo, la melancolía en su voz se levantó y la esperanza resonó.

La segunda de tres hijos, Erika nació en Lima, sin embargo, sus padres habían emigrado a Pamplona Alta desde Puno en el lago Titicaca en 1974. En ese momento, la violencia interna en Perú obligó a muchos de las provincias a buscar oportunidades en la capital. "Mi padre era un padre soltero", continuó explicando. Después de tener una aventura cuando Erika tenía 10 años, su madre dejó la familia para valerse por sí misma.

Hubo muchos momentos en que las tensiones internas entre los miembros de la familia causaron que toda la comunicación se detuviera. "Pero después de un tiempo, perdono y olvido", me dijo. Hoy vive con su madre y su media hermana, junto con su pareja y su hijo de 10 años en la casa de su hermana. Su hija mayor, de 22 años, se fue a vivir con su novio. "Aquí no hay agua corriente, así que no quiso quedaese por aquí (en Pamplona)", explicó Erika.

"He trabajado durante muchos años y no tengo nada", dijo. Aunque estudió enfermería en un instituto técnico, dejó de estudiar cuando quedó embarazada de su hija. Ahora trabaja como operadora de máquinas textiles. "A veces pienso en dejar el país y buscar trabajo como costurera. Sé que ganan mucho dinero fuera del Perú. En Portugal, las escuelas son gratuitas. Los libros de texto son gratuitos. Los niños aprenden inglés, y pueden estudiar un programa técnico. Y un diploma de allí vale más aquí (en Perú)."

El impulso de Erika para mejorar el resultado para ella y su hijo la obliga a seguir adelante. La desigualdad de género plantea una enorme barrera, y cuando le pregunté a Erika sobre un modelo femenino en su vida, me dijo tristemente, "la única figura femenina en mi vida (mi madre) me decepcionó."

"Las mujeres tienen poco valor para la sociedad", dijo. "Pero me gustaría decirles a todas las mujeres que valen mucho más."



OLIVIA



40 años
Piura

"A mi madre no le gusta estar aquí. Su casa está llena de plantas y animales."

Lima es la segunda ciudad desértica más grande, después de El Cairo. Para Olivia, que es originaria de Piura, una ciudad en el norte de Perú cerca de la frontera con Ecuador, el paisaje seco y nublado es un marcado contraste de su juventud en Piura, que tiene un clima tropical.

Llegó a Lima hace 13 años debido a una condición de salud que enfrentaba su esposo. "Todos estaban muy asustados, así que vino a Lima para tener mejor acceso a los profesionales de la salud." Años de trabajar como obrero manual habían afectado sus pulmones. El polvo de su trabajo en obras de construcción había causado una infección pulmonar severa, pero afortunadamente se curó.

"Encontró trabajo en Lima y se quedó", me dijo. Después de un año de separación, Olivia llegó a Lima con su hijo mayor, un niño, y se estableció en Pamplona. Varios años más tarde su hija nació en Lima. No va muy a menudo a Piura, o al "norte" como ella lo llama, pero todavía tiene familia allí. Es la mayor de cuatro hijos, pero sigue en contacto con todos los miembros de su familia.

Cuando le pregunté por su madre, me dijo: "Ella era la que más trabajaba. Mi padre trabajaba, pero era mi madre la que hacía todo. Cocinó, limpió y se aseguró de que tuviéramos suficiente para comer."

Olivia tenía sueños de estudiar ingeniería de sistemas en Piura, pero se inscribió en un programa farmacéutico técnico. Cuando estaba a punto de terminar sus estudios, sus padres se separaron. Su padre trajo a su hermana menor a Lima, y se quedaron en la ciudad. Poco después su madre puso a su hermana en una escuela privada en Lima, y a Olivia le dijeron que no había fondos suficientes para pagar sus estudios. Ella estaba a solo tres meses de completar su curso, pero dejó sus estudios para permitir a su hermana completar su educación secundaria.

Su hijo tiene ahora 18 años y quiere estudiar ingeniería en la universidad. Olivia me dice lo cara que es la matrícula, pero ve en su hijo el mismo impulso que tuvo de estudiar cuando tenía su edad.



YOVANA



43 años
Ayacucho

"Me daba mucha vergüenza estar en casa. Mis padres bebían mucho."

La pobreza es el resultado de una compleja combinación de muchos factores interrelacionados. Y para muchos, el alcohol es un elemento que a menudo alimenta este círculo vicioso. Para Yovana, originaria de Ayacucho, una ciudad en el centro-sur de Perú, el alcoholismo era parte de su realidad diaria, ya que presenció a sus padres sucumbir al alcohol.

"Le pedí a mi hermana mayor que me llevara a Lima", me dice. Ella tenía 17 años en ese momento y estaba lista para embarcarse por su cuenta y dejar la adicción a la realidad diaria. Ahora es madre soltera de cinco hijos, dos de los cuales son adultos y viven solos. Ella está en contacto con el padre de sus hijos, sobre todo con respecto a la escolarización de sus hijos más pequeños o eventos especiales.

Yovana vive en Pamplona Alta con su padre. Su madre murió hace 18 años. Aunque su relación con su madre era tensa cuando salió de casa, conserva buenos recuerdos de ella cuando era muy joven, antes de que el alcohol fuera una realidad. "Ella nos enseñó buenos valores que conservo hasta el día de hoy", dice.

Yovana trabaja como empleada doméstica limpiando casas en Surco, una zona de clase media cerca de Pamplona Alta. Ella tenía sueños de estudiar enfermería, pero nunca pudo asistir a los estudios, ya que tenía que encontrar trabajo al llegar a Lima cuando era adolescente. Convertirse en enfermera sigue siendo uno de sus sueños, pero la realidad de criar hijos por su cuenta en un contexto vulnerable ha hecho que sea casi imposible de lograr.



WENDY



44 años

Cusco

"Quiero defender a las mujeres, ser su defensora, y ayudarlas cuando se enfrentan a las cosas que enfrenté."

"Llegué a Lima cuando tenía 15 años con grandes expectativas", dice Wendy, quien es originaria de Cusco. Al igual que muchos de sus vecinos de Pamplona Alta, decidió irse para buscar mejores oportunidades de educación y trabajo. "Pero me enfrenté a una realidad cruel. Mi vida en Lima fue aún más difícil que la que había dejado atrás."

Cuando Wendy llegó a Lima, su tía la recibió, pero las circunstancias eran terribles. No tenía habitación y se le dijo que encontrara espacio en un pasillo para dormir. Asistió a la escuela secundaria y luego comenzó un programa en una universidad postsecundaria. Pero su relación con su tía era complicada, y un día después de que su tía tuvo una acalorada discusión con los padres de Wendy en Cusco, Wendy salió corriendo de la casa llorando.

"Me senté en el parque llorando, y un hombre se me acercó. Me preguntó si estaba bien." Los chismes locales llegaron a su tía diciendo que tenía un novio, y la tía de Wendy la echó de la casa. "No tenía nada y a dónde ir."

A Wendy siempre le gustó leer el periódico y había visto un artículo sobre la invasión de tierras en Pamplona. "Yo tenía veinte años cuando llegué aquí, y no tenía nada", me dijo. Un joven le dijo a Wendy que fuera a la zona de Pamplona más arriba en la ladera de la montaña, que tenía menos gente y sería más seguro para una mujer soltera. "Me vendió su estera tejida y cajas de cartón por 50 soles. Ahí es donde dormí durante mucho tiempo. Fue difícil."

Wendy cayó enferma poco después con gastritis aguda. "Estaba muy estresada con mi situación, y el resentimiento que llevaba dentro." Ella me dice que cuando salió de Cusco su madre nunca le dijo que se mantuviera en contacto y la visitara a menudo. Simplemente le dijeron que nunca volviera. Junto con la relación poco saludable con su tía, el cuerpo y la mente de Wendy ya no podían hacer frente. Pero los primeros pobladores de Pamplona Alta le proporcionaron a Wendy el apoyo que necesitaba. Poco a poco recuperó sus fuerzas.

"Algunos en Pamplona Alta querían echarme. No tenía marido. No tenía hijos. Pero no podía soportar la idea de volver a vivir con mi tía."

Wendy sigue viviendo en Pamplona Alta con su padre y sus dos hijos. Sus padres se separaron y su madre está en Cusco con una pareja diferente. Cuando le pregunto qué desearía si se le diera un deseo, su respuesta es clara: una carrera en derecho. "No porque me guste la ley", me dice. "Quiero defender a las mujeres, ser su defensora, y ayudarlas cuando se enfrentan a las cosas que yo enfrenté. Nunca sentí que tuviera derechos como mujer en el sistema judicial."



CARMEN



40 años
Cusco

"No gano nada sintiéndome resentida con mis padres. Mi madre cometió errores y mi padre cometió errores. Pero les estoy agradecida por traerme a este mundo."

Y así comenzó Carmen, una mujer de 40 años impulsada energéticamente originaria de Cusco. Llegó a Lima hace más de 20 años en la parte trasera de un camión de construcción junto con algunos primos, su hermano mayor y otros trabajadores. "Vine a buscar a mi hermana de 15 años", me dice.

La primera infancia de Carmen, como tantas otras en comunidades pobres de los Andes, estuvo marcada por el alcoholismo. "Mi madre bebía", me dijo. "Quería que cambiara, pero no sucedió." Hace mucho, su padre había abandonado a su esposa y seis hijos, por lo que Carmen y sus hermanos a menudo se vieron obligados a valerse por sí mismos.

"Mi abuela era la que nos cuidaba, la que nos vestía, la que nos alimentaba", me dice con ojos llorosos. Carmen atribuye su fuerte ética de trabajo y determinación a la convicción de su abuela sobre cómo construir una buena vida. "Me enseñó a tener respeto por mí misma."

San Juan de Miraflores en las afueras de Lima fue un destino para muchos migrantes pobres del interior del país hace 20 años. Y para Carmen era un lugar donde podía construir un futuro. Así que con determinación, ella pudo asegurar un pequeño préstamo y comprar un pedazo de tierra y construir su casa.

Carmen ahora vive en la comunidad de San Juan de Vista Alegre en San Juan de Miraflores con su esposo, que a menudo está ausente mientras trabaja en las minas en el interior del país, y sus dos hijos. "Quiero que sean capaces de estudiar, de convertirse en profesionales."

Ella continuó contándome cómo solía ser una estudiante excelente y le encantaban las matemáticas. Incluso había ganado una beca y quería estudiar contabilidad, pero nunca asistió a la educación postsecundaria porque nunca podía pagar las cuotas de inscripción. Pero eso no le impidió buscar oportunidades asequibles. Tomó cursos de informática e inglés cuando era más joven y recientemente se ha convertido en una empresaria.

Carmen forma parte de un colectivo de mujeres que cosen y bordan ropa y accesorios llamado Teje Mamá. Ella tiene un buen ojo para hilados de calidad y es una maestra con un el crochet. Ella ofrece clases de costura y logró de obtener una máquina de coser. "Me gustaría tener mi propio negocio y vender mi propia ropa de lana y artesanías."



JULIA



40 años
Arequipa

"Puede que no tengamos todo lo que necesitamos, pero mi familia está unida."

Originaria de Arequipa, una ciudad colonial en el centro de Perú, Julia vive con su pareja de veinte años y sus dos hijos adolescentes en Pamplona Alta. "Tenemos una vida sencilla. A veces surgen problemas, pero para eso está la familia."

Julia llegó a Lima cuando tenía 17 años. "Mi tío me convenció de venir aquí", me dijo. La tercera de siete hijos, sintió la necesidad de salir por su cuenta ya que sus padres no podían permitirse mantener a la familia.

Al igual que muchos trabajadores no calificados de fuera de la capital, Julia encontró trabajo como empleada doméstica. Vivía con una familia y cocinaba, limpiaba y cuidaba a su hija. Allí conoció a su actual pareja cuando tenía 23 años. "La familia estaba remodelando la casa, y él ayudó con todo: ventanas, pintura, electricidad."

Poco después Julia descubrió que estaba embarazada, y ella y su pareja decidieron dejar su trabajo y vivir juntos. Tenía mucho en Pamplona Alta; el mismo lote donde Julia vive hoy con su familia.

Julia siempre había enviado todo el dinero que podía para ayudar a sus padres, pero cuando se detuvo debido a su embarazo, una tía se acercó a ella. "Una de mis hermanas quedó embarazada a los 15", dice, "y afectó mucho a mis padres." Julia tenía miedo de contarle a sus padres sobre su situación personal, pero su tía la convenció de visitar a sus padres y contarles sobre su situación.

Después de reunirse con sus padres y hermanos, los padres de Julia querían visitar su casa en Lima. "Quiero conocer a tu pareja", me dijo mi madre. "Me daba vergüenza mostrarles dónde vivía. No había electricidad. Estaba oscuro y todo lo que teníamos eran lámparas." Pero cuando llegaron su madre le dijo a la pareja de Julia lo feliz que era su hija, "y desde ese momento, lo aceptaron", me dice Julia.

El espíritu emprendedor de Julia se muestra cuando habla de su sueño de abrir un pequeño puesto de comida que venda platos peruanos locales. "Me gustaría tener un patio con mesas y sillas."



AGRADECIMIENTOS



Agradezco a todas las mujeres que me contaron sus historias durante mi año de servicio civil. Tuve el placer de escucharlas, de vivir sus actividades diarias, tanto con ellas como con sus hijos. Me gustaría agradecer a la comunidad de San Juan de Vista Alegre en Pamplona y a Superlearner por acogerme y recibirme durante un año. Me gustaría agradecer a Héctor por el hermoso trabajo de los gráficos y a Lindsay por ayudarme durante la grabación de las historias y luego por ayudarme a escribir los textos.

Tupananchiskama



